

CARLOS SISÍ

ALMA



minotauro

Alma

© Carlos Sisí, 2016, 2026

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2026 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Branca Studio
Desarrollo de cubierta: Book & Look

ISBN: 978-84-450-2157-6
Depósito legal: B. 7.862-2026
Impreso en UE

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

*Para Inma Sisí Cavia,
que continuó su viaje.*

*Para Ian Zarko Sisí Pérez,
que acaba de empezarlo.*

*Dos viajeros.
Dos ALMAs blancas.*

Nada real puede ser amenazado. Nada irreal existe.

ELLOS

El universo empieza a parecerse más a un enorme pensamiento que a una gran máquina. La mente ya no parece ser sólo una intrusa accidental en el reino de la materia, deberíamos quizá venerarla como la creadora y gobernadora de ese reino. Supérenlo, y acepten la irrefutable conclusión. El universo es inmaterial, mental y espiritual.

Sir JAMES HOPWOOD JEANS
Físico, astrónomo y matemático británico

Prólogo

El libro que tienes en tus manos, y que yo considero más bien una Puerta, es con toda probabilidad el más especial de mi producción. Como suele ocurrir, surgió de un pensamiento bastante inocente y nada ambicioso... Sencillamente, siguiendo la tónica de creatividad de *Los caminantes*, que incorporaba el zombi clásico como línea estructural de toda su composición, quería explorar el mundo sobrenatural de los fantasmas al uso: el clásico espectro atormentado que, según la tradición oral, cinematográfica y literaria, vive en el ático y hace mover cosas por la casa. Tienen estos fantasmas cierto morbo lúdico por el hecho de que, creencias personales mediante, es plausible que existan. Al contrario que los zombis, y al decir de algunos, los fantasmas podrían de hecho existir. Es inquietante, desde luego, así que era una buena estructura alrededor de la cual construir una historia con algunas manos ya ganadas.

Ocurre que, siempre que acometo el proceso de creación de una novela, recuerdo las palabras de mi padre: «Chavalín —él solía llamarme así—, no se sabe por qué, cuando una historia tiene un componente fuerte de realidad, llega más hondo, como si de una manera inconsciente percibiéramos la parte verosímil de toda creación». Con estas palabras, siempre he intentado que todos los elementos alrededor de las partes fantásticas o inventadas en mis libros fuesen tan reales como fuera posible. ALMA no podía ser menos.

Naturalmente, la documentación de la novela comenzaba por mi entendimiento de ese mundo espiritual y complejo rodeado de componentes absurdos creados para provocar sensaciones baratas: el susto, el desasosiego. Tenía muy claro que uno de los personajes principales sería una médium (necesariamente mujer, por supuesto), así que, si

iba a ponerme a hacerla pensar y hablar de sus experiencias, yo debía tener una idea clarísima de cómo razona alguien conectado al mundo espiritual del Más Allá o, para el caso, alguien que tuviese la creencia de estar conectado a él. Yo sólo era un incipiente explorador del fenómeno. Recuerdo que me senté con mi editor durante una comida en Barcelona y le pedí que, tratándose de un sello del Grupo Planeta, tirara de contactos y me presentara a gente de esas características: autores, conductores de programas divulgativos, estudiosos... Todo me valía.

Me dijo que no había problema, y, en especial, me habló de Laura Falcó, que tenía, y tiene, entre otras cosas, un cargo ejecutivo en Grupo Planeta. Una mujer fascinante de reconocida trayectoria y méritos personales. Laura se prestó muy amablemente a escuchar mis palabras durante varias horas, y lo que me contó... fue el comienzo de una enorme aventura de exploración, descubrimientos, sorpresas, certezas y renovaciones en casi todos los ámbitos personales.

Me asomé a ese mundo como lo haría un periodista que necesita algunas notas de primera mano para redactar su pieza. Un observador distante, alguien que viene a la escena, hace unas fotos, regresa a la oficina, escribe unas líneas y, para cuando ha llegado a casa, lo ha olvidado casi todo. Yo estuve un largo año involucrado en recorrer unas monumentales e imposibles catedrales internas que siempre habían estado ahí, pero que nunca habían sido apercebidas, como espectaculares e impresionistas nubes que decoran el cielo sobre nuestras cabezas, pero que pasan por alto porque mantenemos la vista enterrada en el móvil. Había todo un nuevo y maravilloso mundo que debía ser transitado como un viaje, pero no hacia otros continentes o hacia las estrellas, sino hacia dentro, y recorrí cada metro con estupor, admiración, y una creciente admiración. Llegué a olvidar que estaba investigando para una novela de terror.

Acabé con un credo férreo. Cuando hablo de ALMA en charlas, entrevistas y presentaciones, muchas veces me preguntan: «Carlos, entonces, ¿tú crees en fantasmas?». Mi respuesta siempre es la misma: «No creo. Yo sé». Es una frontera fascinante, un universo emotivo, estremecedor, cercano y lejano a la vez, que no está Más Allá, sino aquí mismo, entretejido a nuestro alrededor. Se siente a nivel de poro, de respiración, se intuye en los silencios, llama a tu puerta y se asoma por tu ventana cuando menos lo esperas, porque, parafraseando a Nietzsche, cuando miras al otro lado, el otro lado te devuelve la mirada.

Como me dijo mi muy admirada y querida Clara Tahoces, con quien también tuve la fortuna de hablar, toda una vida dedicada a la investigación seria y formal del fenómeno acabó con una sola conclusión: cuando intentas llevar tus trabajos a un laboratorio, las evidencias se disipan, se desmontan. El mundo espiritual del que venimos y que nos espera, que forma de hecho parte de esta realidad, no desea ser observado. No quiere ser estudiado, explicado o analizado. Ese otro mundo no va de eso. Este plano terrenal es o bien una escuela o una recompensa, una oportunidad única y maravillosa de experimentar, tocar, oler, saborear, escuchar con los fantásticos sentidos que nos proporciona esta carcasa orgánica, y ahí debe quedar todo. Olvidamos nuestro compromiso con esta otra dimensión por un motivo: son días de tierra y carne, y lo que tenga que venir, ya llegará.

Por eso, cuando dejé de hacer preguntas y de mirar, sentir y observar todo cuanto había aprendido, me senté a escribir mi novela, ALMA. Tenía un contrato que decía «Novela de terror», pero no había absolutamente nada de terror en el universo espiritual. Aprendí que todo ese mundo, que la estructura esencial del Universo, estaba construido con Amor, y no había entidades iracundas después, ni demonios atroces que acechan en el umbral, ni muchas de las otras cosas que Hollywood nos ha regalado durante tantas décadas. Intenté volcar en las páginas de este libro la mayor parte de cuanto había aprendido, con cuidado, con mimo, con verdadero Amor, con anécdotas reales basadas en cosas que me habían contado, y el resto... Toda la parte de horrores que revisten y decoran el mensaje de la novela la inventé. Tuve que hacerlo. Y eso es lo más anecdótico y circunstancial que puedo revelaros acerca de este libro.

La gente que conocí y de la que aprendí me dijo una cosa cuando la novela estuvo publicada: «ALMA ya no es tuya. Olvídala. Ahora está ahí fuera, y debes saber algo... ALMA siempre encontrará a los suyos». He aprendido que estas palabras eran completamente ciertas. De una manera paciente pero continuada, ALMA ha ido encontrando a los suyos. Nunca dejo de sentir un pequeño vértigo cuando alguien me trae ALMA a alguna presentación. Los miro a los ojos, y casi siempre percibo que no es casual, que el libro ha llegado donde debía, y que La Puerta se ha abierto una vez más. Ha sido un libro importante en la trayectoria vital de algunas personas; a unas les ha hecho plantearse ciertas preguntas, y otras han dejado de hacérselas. Me siento orgullo-

so de haber construido este humilde pasillo, una botella en un mensaje que cumple ahora diez años desde su publicación y sigue buscando tranquilamente a los suyos. Buscándote a ti.

Si tienes este libro entre las manos, quizá, o con toda probabilidad, sea porque tiene algo para ti. Una frase. Un par de líneas. A lo mejor una palabra. O tal vez una comprensión más sosegada del mundo, muchas veces surrealista, que nos rodea. Quizá encuentres una conexión, un leve susurro que te hace sentir que lo que intuyes es cierto. Que esa inquietud que jamás has expresado pero con la que tu mente juega en ocasiones habita en ti por una razón: hay mucho más de lo que ven los ojos.

Bienvenido. Te veo, te reconozco, te saludo con una sonrisa.
Gracias muchas.

CARLOS SISÍ
Málaga, 17 de abril 2026

I

ALMA CHAMBERS, ANTES

1

La casa huele a chocolate, y ese aroma suave existe en dos niveles diferentes: uno brota de una olla que burbujea a fuego lento en la cocina, el otro existe sólo como un recuerdo olfativo, un legado de tiempos pasados, de cuando Mary era pequeña. Esa mañana se ha levantado con el recuerdo de su madre, y esa añoranza súbita le ha traído, de manera irremediable, tanto el rastro inaprensible del olor a chocolate casero caliente como una apetencia que nace de algún lugar del corazón. Así, recorre la cocina con una cuchara de madera en la mano, siempre atenta a la olla, mientras canturrea amorosamente viejas nanas infantiles.

Aunque el aroma le ha confirmado que está listo porque casa a la perfección con el que tiene dentro, prueba el chocolate; para hacerlo, adelanta los labios como si fuera a dar un beso a la cuchara. No es, desde luego, el sabor excepcional que, lejos de replegarse en los recovecos de la memoria, ha ganado tonalidades y matices con el paso de los años, mil veces decorado por la pérdida, la nostalgia y el cariño; y aunque diferente, sabe todavía delicioso. Es dulce, pero no demasiado, y tiene aquella textura correcta y un deje de amargor de fondo.

Contenta, deja la cuchara y decide echar un vistazo a la pequeña Alma, que tiene ahora cuarenta días. Es tan pequeña y hermosa, tan suave y tierna, que cuando camina hacia el dormitorio lo hace como dando saltitos. Camina así porque está contenta, y no es sólo por el bebé: vuelve a sentirse joven y saludable después del periplo del embarazo y el parto, y la tarde además es soleada y luminosa, con una temperatura agradable tanto en el interior de la casa como fuera. Piensa que mañana sacará a su bebé a pasear, y buscará un banco al sol para darle el pecho mientras una suave brisa le regala un momento bonito, suyo; se dice que, tal vez, venga cargada del aroma de las mimosas, uno de sus perfumes naturales favoritos.

Alma está tumbada en la cama, rodeada de cojines por si rueda sobre sí misma. No ha ocurrido nunca, pero es un miedo legítimo de una madre primeriza. Cuando se asoma por el marco de la puerta, sin embargo, descubre que el bebé se ha despertado. Está moviendo las piernecitas y los brazos mientras mira al techo de la habitación.

Mary decide acercarse para espiar a la pequeña. Sonríe mientras lo hace, y pasa desapercibida: Alma es demasiado pequeña como para darse cuenta de nada. Y la ve, adorable y suave, soltando pequeños gorgoritos mientras mira a algún punto de la habitación.

Mary siente que se enamora. Le entra una sensación abrumadora en el pecho y deja que crezca y se expanda mientras se embelesa con los ruiditos de espontánea alegría. El sol penetra por la ventana, escurriéndose entre las rendijas de la persiana a medio echar, y baña su cuerpo vestido con un pijamita rosa. Sus dedos minúsculos se mueven como al compás de una música invisible.

Mary, embelesada, permanece unos instantes mirándola, hasta que termina por preguntarse qué le hace tanta gracia. El techo es una superficie blanca sin matices ni texturas, y ni siquiera cuelga de ella una lámpara. Pero Alma mira. Mira y ve, y a ratos se queda callada, atenta, hasta que explota con una nueva sucesión de pequeños y alborozados gorjeos.

Mary se acerca. No sabe por qué, pero intenta ahora captar la atención de la pequeña. Se tumba a su lado y le pasa la mano por la cabeza, le pone la palma en el pecho y la acuna con suavidad. Le habla con dulzura y le imprime un suave beso en la mejilla, y aunque se admira de su olor dulce y entrañable, su sonrisa desaparece lentamente. Está inquieta. Un poco. Mira al techo desde la posición del bebé y ve... nada. Una superficie tan blanca como insulsa que se extiende hasta donde alcanza la vista.

—¿Qué es, cariño?, ¿eh? —pregunta con voz dulce. Pero su propia voz le resulta extraña y demasiado sonora en la quietud de la habitación, y se calla.

Ahora tiene una sensación rara que crece dentro de ella con lentitud, pero con la determinación de una semilla abriéndose camino por un asfalto agrietado.

Esa mañana se ha levantado pensando en su madre, sí. Pensó en cómo le hubiera gustado conocer a su bebé. Y ahora, con la casa llena del aroma al chocolate que tantas veces le preparó cuando era pequeña, esa sensación rara, ese pensamiento fugaz y casi inconsciente que le acaricia la espalda como si fuera una telaraña, la hace estremecerse.

Se emociona, y decide que no le gusta. Luego coge a su bebé en brazos y se lo lleva a la cocina.

2

Alma tiene ahora dos años y juega en su habitación. Es una habitación preciosa: las paredes están revestidas de papel verde con coloridas cenefas de cuadros rojos y amarillos, con formas de animalitos felices que sonríen a cualquiera que se detenga a contemplarlos. Todos los muebles van a juego con esa combinación de colores: el vestidor, la pequeña cuna cama, la diminuta mesita de noche y la mecedora. La lámpara que cuelga del techo, con un recubrimiento también verde, termina de darle una tonalidad encantadora a la estancia.

El suelo es un tapiz de cuadros de goma con números y letras gigantes, y sobre él hay varias decenas de muñecos de varias formas, tamaños y materiales. Alma gatea entre ellos entusiasmada.

La niñera la observa. Tiene cuatro años de experiencia trabajando con bebés y decide que la niña está demasiado espabilada para su edad. Utiliza todavía su media lengua para expresarse, pero lo hace con unas entonaciones más propias de un niño mucho más mayor. Tanto es así que resulta extraño a la vista. Incómodo. Y no le gustan las cosas a las que juega, por añadidura. La niñera está sentada en el suelo de una esquina de la habitación, recogida en sí misma, con una expresión mustia en el rostro, observando y... sintiendo.

Alma coge un muñeco y extiende el brazo como para ofrecérselo a alguien, pero allí no hay nadie. Entonces se queda callada, como escuchando, y luego concluye con una risa entre dientes. Parlotea, mira a algún punto durante periodos prolongados y compone miradas de perplejidad y sonrisas por igual.

No, a la niñera no le gusta.

No son sólo los juegos con algún puñetero amigo invisible, es por cómo se siente, por cómo la hace sentir, o por cómo se siente en esa casa; da lo mismo. Ha estado otras tres veces con anterioridad y acaba de decidir que no necesita tanto el dinero como para volver a su piso sintiéndose acompañada por sombras heladas.

Cuando los padres de Alma llegan a casa, ella les anuncia que no puede volver más. «No, no... estoy perfectamente a gusto —miente ella—.

Muchas gracias, es que me ha surgido algo, una complicación médica familiar.» Y Mary, aunque sabe que eso no es cierto, le desea buena suerte y pronta mejoría; luego la deja irse. Esa niñera es la sexta en lo que va de año.

—¿Qué vamos a hacer, Matthew? —le pregunta a su marido.

El padre se encoge de hombros. No entiende por qué alguien podría tener problemas con su hija. Es inteligente y espabilada, y mucho (se dice con énfasis), y cualquiera que piense otra cosa es imbécil.

Va al cuarto de la pequeña y la coge en brazos pensando en abrazarla y besuquearla, y durante los siguientes cinco minutos eso es justo lo que hace.

3

Alma cumple cuatro años bajo un precioso sol primaveral. Está radiante, soplando su enorme tarta de chocolate con pequeños pegotes de nata, y Mary sonríe. Hay, sin embargo, una sombra sutil que le empaña la sonrisa y que se denuncia por la tristeza que le enmarca los ojos. Matthew se da cuenta, por eso se acerca por detrás y la abraza con cariño.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Claro —dice ella.

Pero no está bien. Está a mil kilómetros de estar bien.

Al cumpleaños ha venido mucha gente, pero todos son familiares rancios con poco o ningún interés en la pequeña, más ocupados en hacer acto de presencia social que otra cosa. Allí está la tita Penny mirando el reloj y preguntándose cuándo diablos acabará todo, el tío Bob hablando de chanchullos financieros con Ralphie y, por supuesto, la abuela Penélope, sentada en su trono-asiento con la expresión ceñuda y asintiendo, como si alguien le estuviera susurrando al oído. El más joven de los presentes tiene treinta y ocho años. No hay ningún amigo del colegio, ningún hijo de los vecinos o del parque de juegos donde a veces van los sábados por la mañana; ni ningún amigo con hijos. Todos se han excusado. Alma no es una niña como las demás, y los pequeños no parecen celebrar demasiado su compañía.

Mary se da cuenta. Alma acaba de cumplir tan sólo cuatro años, y no le gusta descubrirse pensando qué es lo que va mal con su hija, o por qué está sola. Son sólo cuatro años, por el amor de Dios. Cuando se dice

que debería estar envuelta en risas infantiles y regañando a los niños por meter los dedos en la nata, no puede evitar que una lágrima escape y resbale por su mejilla.

4

—Pero, cariño —dice Mary, incrédula—, si es la crema de calabaza que tanto te gusta.

Alma está sentada en su silla, indeciblemente pequeña. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y parece enfurruñada. Niega con la cabeza cuando oye a su madre. Sus padres, sentados a su alrededor con la mesa dispuesta para un apetecible almuerzo de domingo, están contrariados.

—¿Por qué no comes, cielo? —pregunta su padre—. ¿Por qué estás tan enfadada?

Alma permanece callada todavía unos instantes.

—Sí, quiero comérmelo —dice al fin, pero susurrando, como si fuera un secreto.

—Claro que quieres —asiente el padre—. ¡Si te encanta!

—Pero... no... puedo —responde ella, con la barbilla pegada al pecho y poniendo morritos.

—¿Por qué no?

—Porque... no quiere... —dice, ahora en un tono más fuerte. Sus padres se miran; saben que está enfadada de veras.

—¿Quién no quiere? —pregunta la madre. Sonríe, pero con una arruga de preocupación en la frente, como si adivinara lo que viene a continuación. Y lo que viene es Alma, extendiendo el brazo sobre la mesa y levantando un dedo acusador en franco reproche. Cuando señala la silla vacía, enojada hasta resultar encantadora, dice:

—¡Él!

5

Alma no puede creer lo que está viendo.

Es una página en blanco con líneas con puntitos que se supone que debe rellenar formando palotes. Y no es sólo una página: el librito que le han entregado está lleno de ellos. Palotes y círculos.

Mira a la profesora con perplejidad, luego mira el lápiz y de nuevo la página.

Se levanta con cuidado.

—Señorita... —dice.

—¿Sí, cielo? —pregunta la profesora.

—Yo no quiero hacer esto. Yo quiero aprender a leer y a escribir.

La señorita sonríe con indulgencia.

—Para eso es esto, cielo. Empezamos haciendo palotes y círculos para adquirir destreza con la mano, y luego te será más fácil escribir.

—Para aprender a escribir deberíamos escribir, señorita —replica la pequeña.

La señorita no ha abandonado la sonrisa, pero el tono de Alma, como las otras veces, no la convence demasiado. Es repelente. Se dice que sus padres deben de ser elementos muy especiales, por decirlo de algún modo, para haber criado una hija tan arrogante y presuntuosa. ¡Ni siquiera suena como una niña, por el amor de Dios!

—Siéntate, cielo —dice después de pensarlo un poco.

—Pero señorita...

—Siéntate y haz lo que te he dicho.

Alma lo piensa durante un par de segundos, pero después vuelve a sentarse. La señorita, al fin y al cabo, es la señorita. Es lo que le ha explicado su padre. Le ha dicho que sabe un montón de cosas, y lo más importante, que va a enseñárselas a ella. A Alma no le parece que sepa muchas cosas, parece tan atontada como el resto.

Entonces suspira y empieza a escribir.

Un palote.

Otro palote.

Y otro palote.

Cuando ha terminado de completar la línea, mira sus palotes alineados con pulcritud en la línea de puntos y decide que es una tontería. Entonces vuelve a mirar a la señorita, pero ésta está ocupada ahora con otro niño (Víctor, que tiene un serio problema para contener los fluidos nasales en su sitio) y eso la empuja a levantarse de la silla. Algunos niños la miran, pero ella no les presta atención. Alcanza la puerta y escapa al pasillo. Sabe adónde ir a la perfección.

Alma sube la escalera de la escuela con diligencia, y sonríe. La luz del sol entra por el gran ventanal del rellano entre los dos pisos creando grandes parches luminosos, y es como si cada rectángulo de luz fuese una

casilla que estuviera adelantando en un complicado juego de la vida. Por fin, avanza por el pasillo y busca una puerta con un número que le guste, y cuando lo encuentra, entra resuelta en la sala.

Es un aula. Los niños que la miran con cierta apatía desde sus pupitres llenos de libros (¡libros de verdad!) son bastante más mayores que ella. Pero Alma sonríe. Ése es, sin duda, su sitio.

—Abajo me aburro —anuncia al joven profesor—. Vengo a leer y a escribir, de una vez por todas.

6

—¿Cómo que sabe leer y escribir? —pregunta su padre.

—Lo que oyes —dice Mary.

Ella le cuenta que ha estado en el colegio, que el director la ha llamado porque su hija se había escapado de clase. Se lo cuenta todo. Le dice que, en plena regañina, cuando el director intentaba explicarle la importancia de los palotes, ella se ha puesto a leer unos documentos que tenía en la mesa.

—¡Y al revés! —dice la madre, exaltada—. ¡Los ha leído al revés!

—Pero... ¿cómo puede ser? —pregunta el padre, atónito.

—¡No lo sé, pero lo hace!

—¿Y el director qué ha dicho?

—Oh, estaba muy enfadado —responde con los ojos muy abiertos. Está seria, pero entonces la hilaridad de la situación se le revela con contundencia y rompe a reír—. ¡Estaba enfadadísimo! —consigue decir en mitad de una explosión de carcajadas—. Decía que... que lo habíamos engañado, que nunca se había sentido tan engañado. Sólo repetía mi nombre: ¡señora Chambers esto, señora Chambers lo otro!

—¿Engañado? —pregunta el padre, risueño ante las carcajadas incontenibles de su mujer.

—Sí, dice que nosotros... Oh, Matthew, le he asegurado que ninguno de los dos hemos enseñado a Alma a leer y mucho menos a escribir, pero...

Él se ríe con ella, aunque no termina de comprender.

—¿También ha escrito? —pregunta.

—Sí. Mira.

Saca un papel del bolsillo de su pantalón y se lo entrega. El papel muestra una caligrafía irregular, sobre todo mayúsculas. Algunas letras